

Roberto Burgos Cantor: hacia la intemperie inmortal

“Creo que el sentimiento que tenemos de la vida va siempre rezagado, respecto a la vida real, medio siglo o un siglo”.

Hermann Broch

EN FEBRERO de 2017, el escritor cartagenero Roberto Burgos Cantor (1948 -2018) nos visitó en el Instituto Caro y Cuervo para ofrecer una lectura sobre su vida y obra en la apertura de una nueva cohorte de la Maestría en Literatura y Cultura. Quienes lo escuchamos, aquella vez, lejos estábamos de presentir que sería una de sus últimas intervenciones públicas y que aquella tarde soleada sería una especie de anticipado homenaje en vida. La muerte siempre nos anticipa. Casi dos décadas atrás, Roberto Burgos se había tomado el trabajo prematuro de escribir sus memorias existenciales, en un bello libro titulado *Señas particulares* (Norma, 2001), donde recoge los caminos de su vocación literaria. El lector encontrará en sus páginas no solo la llama de la memoria sino también el coqueteo con la escritura como una forma de reinventarse a lo largo de los años. A diferencia de la mayoría de libros de memorias, plagados de anécdotas de autocelebración o lamentos de autocompasión, Roberto Burgos nos ofrece un diálogo, en el sentido griego, un banquete de reflexiones, emociones y cultos. Ojalá llegue a reeditarse pronto.

Tanto en *Señas particulares* como en la conferencia citada, su punto de partida fue el escritor judío-austríaco Hermann Broch, autor de la legendaria novela *Los sonámbulos*, un testimonio inmortal sobre su tiempo y sobre el coraje de escribir a la “intemperie de una época” (justamente las palabras que eligió Roberto Burgos para titular su charla). Así, una y otra vez, lo citó Roberto:

Hermann Broch escribió alguna vez que alrededor de los cincuenta años surge para cada creador el problema de su relación con el tiempo en que vive [...]. La visión del transcurrir que llaman historia se hizo presente en mi generación con la muerte del líder popular Jorge Eliécer Gaitán [...]. Basta escuchar hoy las palabras de Gaitán en la manifestación por la paz, en medio de su silencio de espanto, para comprender el dolor turbulento que lo condujo hasta las orillas de estos días [...]. El pasado no se elige. (*Señas particulares*, p. 9)

A la manera del filósofo italiano Giorgio Agamben, la vocación le hacía decir a Roberto que “quizá escribir sea fundar regiones de resistencia, refugios de humanidad donde se mantiene el fuego y se preserva la imaginación” (*Señas particulares*, p. 196). Si para Agamben el paisaje

era Italia, Francia y Alemania, para Roberto era el Caribe y Bogotá. Roberto era parte del paisaje rocoso del centro de Bogotá: con su andar de danzón y su larga gabardina que burlaba la intemperie, se le veía en los últimos años caminar por las orillas de la calle 20 hacia la Universidad Central, donde dirigía la Maestría en Creación Literaria, sin afán y sin descanso. La calle 20 de Roberto, como la calle décima de Zapata Olivella, son pasajes fantasmales que no encuentran su orilla más que en los murmullos de las voces que las hacen resonar casi imperceptiblemente. Roberto es parte del paisaje sonoro del Caribe, del tumulto de voces atropelladas que irrumpen en la historia sin pedir permiso, atentas a las grietas de la memoria en el cuerpo. De allí su mundo narrativo plenamente contado en *La ceiba de la memoria*.

La literatura de Roberto Burgos representa una aventura singular en la historia de la literatura colombiana contemporánea. Proveniente del magisterio vital de García Márquez, no tuvo que enfrentarse con “la muerte del padre” como tantos otros miembros de su generación, sino que supo de manera temprana convivir con su compañía, no con un aire combativo, sino con la serena decisión de dejarse acompañar por un maestro. Desde que era muy joven, supo comprender que Gabo y *Cien años de soledad* eran “una obra de cierre y a la vez de apertura [...] imprescindible, no solo para la formación de un escritor que empieza, sino también, y es esta una de sus virtudes, para quien quiera entender algo de las estirpes condenadas a tantos años de soledad” (*Señas particulares*, p. 41).

Un escritor como Roberto Burgos comprendía que la ficción es un soberano universo de libertad, rodeado por la incertidumbre del final. Final de lo que se narra, final de lo que se pierde, como en un bolero risueño de Daniel Santos, el Jefe, uno de sus cantantes preferidos. Con frecuencia sus metáforas eran marinas, pero no a la manera de Paul Valéry, quien contemplaba el mar desde los faros, sino de una forma más cercana a la experiencia del polizón que se embarca a ciegas en la literatura, sin llegar a comprender del todo su rumbo, pero con fe ciega en un destino, por incierto que parezca. Sin duda habría escrito algún texto memorable, un cuento, una columna o una novela corta, movido por la imagen de la demolición reciente del muelle de Puerto Colombia. ¡Qué silueta habría tejido en sus letras pensando en las nostalgias de un siglo o en la efigie borrosa de uno de los obreros anónimos que lo construyeron y ahora lo liquidaron! Curiosa metáfora de la historia de Colombia.

Conversé con Roberto varias veces sobre los ecos de la cultura colombiana perdida en el archivo revuelto de viejas revistas como *Espiral*, *Letras Nacionales* y *Esparavel*, unidas a nombres más o menos borrosos como Clemente Airó, Manuel Zapata Olivella y Helcías Martán Góngora. Recuerdo sus palabras con nitidez, como si hubieran sido dichas por uno de los pescadores que tanto lo marcaron en su juventud. Me decía, en su voz susurrada, me sugería que me sumergiera en los anaqueles de las revistas, librerías y viejos cafés (o en sus ruinas), para rastrear voces olvidadas y recuperar textos embolados por las

hojarascas y las vorágines del país. Insistía siempre en valorar nuestras tradiciones, nuestro camino en las letras universales, como una profesión de fe en el pasado que nos inspirara para encontrar nuestro propio camino.

Le escuché afirmar, con la convicción de un poeta, que su tiempo siempre fue el de la incertidumbre, es decir, fue el de su generación, la llamada “sin nombre”. En sus columnas (esperamos también que pronto sean recogidas en un libro) encontramos esas huellas, esos manifiestos personales, su vocación literaria incesante. Seguramente no se habrá tratado de una casualidad, sino de una conjetura borgiana, que su última columna en el diario *El Universal* de Cartagena haya sido sobre los trenes que salían de mañana como en un viejo son de Alejo Durán. Su escritura es como uno de esos trenes que perdemos de vista en el horizonte pero aún resuenan en nuestras memorias infantiles, como el vapor humeante de la memoria refundida.

Tantos murmullos similares recorren su obra a contramano, entre las nostalgias del joven soñador y el maduro narrador, hasta desembocar en su novela *La ceiba de la memoria*, monumento al desarraigo y la utopía:

[...] volvían y volvían a rodar en su memoria las astillas que recogía en las lecturas, las sobrevivencias del mundo que su escritura rescataba sin ánimo de reedificarlo, sin vislumbrar todavía que tocar los cimientos hacía cierto el presente brumoso, las escurridizas significaciones que arrojaba y parecían enigmáticas por haber perdido la señal de su procedencia. (*La ceiba de la memoria*, p. 376)

Hoy, en medio de los silencios de espanto, frente a una generación que se va yendo poco a poco, nos toca, a los que seguimos, leer y releer los mitos del pasado y, huérfanos, ver el futuro. Nos corresponde el turno de escribir sus epitafios literarios, oda al silencio, a la intemperie y al tiempo que nos va marcando a ciegas, frente a la urgencia de detenernos en los itinerarios vitales de nuestros mayores. Desde esta orilla del ruido y el silencio a los que se refería Rulfo, volvemos a la obra de Roberto Burgos para trazar una cartografía mítica del Caribe y de Colombia con la convicción de sentir que su prosa, ante todo poética, es de un yo colectivo, de una serie de visiones como las que recordaba Julio Olaciregui en su homenaje, ya póstumo, a su amigo Roberto, en el mismo auditorio del Caro y Cuervo, en marzo de 2019. De fondo se proyectaban imágenes disueltas de la sombra tropical de Marlon Brando en la película *Queimada*, y Julio decía:

Nos conocimos con Roberto en octubre de 1972 [...] recuerdo que estuvimos dando un paseo en lancha por el río Magdalena, cuando estaban construyendo el puente Pumarejo [...]. A nuestra generación la une el gusto por la música de nuestra región, escribíamos y gozábamos con las canciones [...]. La lectura de la obra de Roberto es el mejor taller de narrativa al que podemos aspirar. (Conferencia de Julio Olaciregui, disponible en línea <https://www.youtube.com/watch?v=PRWlasYVuhE>)

La obra de Roberto Burgos transitó por el cuento, la novela y el ensayo, pero podríamos decir que su impulso vital fue siempre la poesía, como lectura y como experiencia de paso, como rito de iniciación incesante, como pasaje encantando entre los mundos paralelos que habitamos. Sin duda le alegraría saber que una de sus novelas tempranas, *El patio de los vientos perdidos*, se ha convertido en una obra de culto para muchos jóvenes enamorados. Sus ediciones se preguntan a diario en las librerías de viejo en el centro de la ciudad.

Mis palabras convocan el legado de los escritores de su generación, con quienes hemos compartido y aprendido en sus lecciones intelectuales y éticas, en especial con Margarita González (q.e.p.d.), Julio Olaciregui, Arturo Guerrero, Guillermo Martínez (fundador y director de la librería y editorial Trilce, q.e.p.d.) y Álvaro Rodríguez Torres. Todos marcados por una huella ética, de aprender y enseñar la utopía en sus manifestaciones más diversas. Maestros del silencio más que del ruido. Roberto fue uno de los últimos viajantes de comercio que llegaron a Bogotá por el río o en tren... Será osado sugerir un epitafio ajeno, como en un gozo extraño por la vida de los otros, pensar en una frase que marque un destino solo conocido parcialmente en vida, pero que redescubriremos muchas veces, de maneras indescifrables, en la lectura de su obra. Yo escogería el final de su cuento “Con las mujeres no te metas”, del libro *De gozos y desvelos*:

[...] te invito a que una tarde viajemos a Puerto y caminemos el muelle que me dicen está roto y se ve el mar. Abrazados macho. La vida la indestructible y terca continúa y nosotros qué. Te veo. Juegas dominó bajo los tamarindos y me senté a tomar el fresco. Macho tú crees que sí nos conocemos. Se conoce a alguien alguna vez. Macho, te quiero, abrázame otra vez. (p. 177)

Además de su dedicación completa a la escritura, Roberto ejerció la docencia como tutor de escritura creativa en la Universidad Nacional y en la Universidad Central (institución que le otorgó el doctorado honoris causa en 2015), pero una faceta menos conocida pasa por su contribución a la literatura afrocolombiana, trabajo laborioso hecho casi en la sombra durante sus últimos años, con el que constatamos su aporte en dos grandes antologías: la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana (20 tomos), colección de la que fue editor, publicada por el Ministerio de Cultura en 2010, y *Poesía afrocolombiana (1849-1989)*, antología publicada por la Universidad Externado en 2015¹.

En las dos retumba su mirada y su profunda percepción del Caribe que nos circunda, como en el poema de Jorge Artel, “Isla de Barú”:

Cocoteros.
Metáfora de brisa y palmeras.
Negros.

1. <https://www.uexternado.edu.co/wp-content/uploads/2017/01/117-final-Poesia-afro.pdf>

Contrabando.

Ron.

Leyenda.

El trópico lanza sobre el rostro su vaho sensual y denso...

Metáforas del tiempo, del espacio y el silencio, de contrabando, surcan la obra de Roberto Burgos, como anatomía misteriosa del paisaje y el cuerpo, a la manera de este poema de Jorge Artel. El Caribe no es uno, es diverso, como lo recordaba siempre Édouard Glissant. El Caribe de Roberto Burgos no encallará, se irá internando mar adentro, cada vez más, hacia nuevos lectores que ya no lo escucharán de primera mano ni se cruzarán con él en la calle 20, pero a quienes les inquietará el murmullo de su sintaxis alargada, de su fraseo rítmico en tantas páginas de su mitología personal... Quizá tome cincuenta años valorar completamente el legado literario e intelectual de Roberto Burgos, en especial en la senda de la gran novela sobre el Caribe, *La ceiba de la memoria*.

Alberto Bejarano